

En el último tramo del artículo, se centra en las “Reelaboraciones de la facecia del *fantaccino*” y en su circulación por España en el Siglo de Oro.

Cabe destacar en este caminar por las estelas boccaccianas en Cervantes y la literatura ibérica que Boccaccio y la *novella* desempeñaron un papel determinante en la novelística áurea porque le han dejado indelebles joyas literarias que contribuyeron a la formación de un género: la novela corta. Aunque a veces la influencia italiana se ilustra por relatos intercalados como las que encontramos en Cervantes, Lope de Vega..., su presencia da sustancia, argumento, materia y tema a muchas de esas obras. Lo que da a pensar en una imposible concepción de la novela corta española sin esta valiosa aportación italiana en general y la de Boccaccio principalmente.

En definitiva, esta publicación del Proyecto Pampinea, igual que la primera, viene a confirmar la existencia de innegables vínculos entre la literatura áurea y la italiana.

Karidjatou DIALLO

Universidad Alassane Ouattara, Costa de Marfil

BUIL PUEYO, Miguel Ángel: *Fernando Mora. Una estampa castiza en la Edad de Plata*, [s.l.], Ediciones Doce Calles, 2014, 181 pp. ISBN: 978-84-9744-171-1.

Miguel Ángel Buil Pueyo dedicó en 2010 un libro a su bisabuelo, el librero y editor Gregorio Pueyo, recordado por haber dado a luz pública algunos de los libros heroicos del modernismo; cuatro años más tarde se detiene en uno de los nombres que figuraban en el catálogo de aquel editor, el escritor madrileñista Fernando Mora, para trazar su silueta y reivindicarlo como un novelista castizo, ameno y comprometido.

Cree recordar Federico C. Sainz de Robles en *Raros y olvidados* que Fernando Mora nació «en los alrededores de la Cabecera del Rastro». En cambio, Pascale Micaux demostró en su tesina, leída en 1993, que el origen de Mora había sido menos castizo y más proletario: nació en Vallecas, que por aquel entonces —en 1878— todavía era un municipio independiente de Madrid. En cualquier caso, la capital española fue personaje principal de casi todas las novelas de Mora, que él mismo definió con frecuencia como «madrileñistas». A título de escritor madrileñista lo cita, efectivamente, Eduardo Gómez Baquero en *El Imparcial* del 27 de marzo de 1911, junto a Antonio Casero, Estanislao Maestre y Pedro de Répide. El 8 de julio de 1916, en *La Esfera*, Silvio Lago lo mencionaba entre Répide y Emiliano Ramírez Ángel. Pero lo que en realidad estaban haciendo varios de estos autores era aplicar a los suburbios de Madrid algo parecido al naturalismo rural que practicaban Felipe Trigo o Vicente Blasco Ibáñez; Mora fue, de hecho, admirador

declarado de los naturalistas Joaquín Dicenta y Pío Baroja. Por lo tanto, hay que preguntarse si el marchamo «madrileñista» resulta suficiente para comprender el proyecto intelectual y estilístico de estos literatos.

Lo cierto es que del madrileñismo está casi todo por decir. Alguna vez habrá que dedicarle un estudio de conjunto para ver cuál fue su génesis, cuántas sensibilidades diferentes comprendió, qué lo singularizaba en relación con otros regionalismos literarios y de qué modo fue leído históricamente. A propósito de esto último, cuenta José María Cossío —tomando pie de un viejo artículo de Clarín— una anécdota reveladora: parece ser que cuando en 1894 José López Silva publicó *Los barrios bajos*, «una comisión de obreros le visitó quejándose de que tales versos ponían en ridículo a toda una clase social». Este testimonio, cruzado con muchos otros que no es ahora momento de considerar, sugiere que la madrileñista fue una escuela ambigua, tironeada entre el miserabilismo y el populismo. La obra de Mora parece ceder más bien a esta última atracción, si atendemos a los balances que hacen Cecilio Alonso (en un artículo de 2008 publicado en *Anales de literatura española*) y Pascale Micaux.

En el volumen de Buil Pueyo se censan setenta y cuatro novelas de Fernando Mora, la mayoría de ellas publicadas en colecciones de kiosco: «Los contemporáneos», «El libro popular», «La novela de bolsillo», «La novela de hoy» o «La novela de noche». Muchos de sus títulos componen una cartografía de los espacios populares de la capital: *A orillas del Manzanares*, *Por la Ronda de Valencia*, *La Plaza de la Cebada*, *Puerta del Sol-Fuentecilla*, *El hotel de la Moncloa*, *La maja del Buen Retiro*, *La cortesana de Vallecas* o *Judas en la Bombi* (la Bombilla fue un conocido merendero y espacio de baile próximo al Manzanares). Pero, como digo, difícilmente puede comprenderse la obra de Mora desde los parámetros de un madrileñismo ideal, tópico y risueño, mero despliegue de ocurrencias de menestrales y chulapas, sino que debe entenderse como una exploración naturalista de los espacios populares de Madrid. En ocasiones, incluso, el ingrediente madrileño desaparece por completo, y queda sólo la violencia social o el crimen atávico. Léase, por ejemplo *La maldita carne*, novela de 1924 que plantea un extraño caso de psicopatía sexual y en la que de paso se entrevera alguna metáfora de temporada.

Uno de los aspectos más valiosos del breve volumen que nos ocupa es que contiene el listado, aparentemente exhaustivo, de la obra periodística de Fernando Mora. Su firma figuró con regularidad en *El Radical* (de junio de 1915 a junio de 1916), *El Mundo* (de enero de 1917 a diciembre de 1918) y *La Voz de Aragón* (desde octubre de 1929 hasta prácticamente su fallecimiento en 1936). Eran columnas dedicadas a la crítica literaria y teatral, al apunte costumbrista o a la crónica, esa reflexión personal que toma como pie forzado la actualidad social o la anécdota privada. De manera más ocasional Mora colaboró también en el semanario gráfico *La Esfera* y en revistas cómicas como *La Hoja de Parra* o *Muchas gracias*.

No puede decirse que el libro de Buil Pueyo sea una biografía, ni un ensayo

bibliográfico, ni una monografía académica; tiene un poco de estos tres géneros, pero sobre todo constituye un paseo por la prensa española del primer tercio del siglo XX. En el curso de ese paseo se tratan asuntos variados de la historia social de la Edad de Plata, como las muertes infaustas de muchos escritores, el desvalimiento de sus viudas e hijos, la carestía de pan, las novelas de adulterio o las campañas filantrópicas.

Dos detalles formales llaman la atención en este volumen. Uno afea el libro, el otro lo embellece. El que lo afea es la presencia de infinitivos en sustitución de formas verbales conjugadas, abuso cada vez más frecuente en el registro formal, que desconcierta y escapa a toda justificación morfosintáctica: «Por último, mencionar que...», «Como dato poco conocido, añadir que...», etc. Lo embellecen, en cambio, las numerosísimas ilustraciones y la reproducción en color de casi todas las cubiertas de las obras de Mora. Sólo se puede esperar que el vistoso libro que Miguel Ángel Buil le ha dedicado conduzca a leer más y a entender mejor la literatura industrial del siglo pasado.

Álvaro CEBALLOS VIRO

ZUBIAURRE, Maite: *Culturas del erotismo en España 1898-1939*, Madrid, Cátedra, 2014, 420 pp.

Mucho se ha hablado de las dos Españas que dividían el país a comienzo del siglo XX, reduciendo toda escisión interna a una cuestión ideológica y política. En su nuevo libro, *Culturas del erotismo en España 1898-1939*, Maite Zubiaurre presenta una división menos conocida, pero no por ello menos realista, que la ya consabida: la de una España casta frente a otra lúbrica, es decir, la de una España pacata, religiosa y heteronormativa frente a otra erotizada y picante. De este modo Zubiaurre defiende con su obra que durante el primer tercio del siglo existió una significativa cultura popular cargada de erotismo. “A la par que la alta cultura, floreció durante la Edad de Plata una cultura popular que con irreverente descaro producía materiales eróticos en cantidades ingentes” (p. 15), indica Zubiaurre. Estos materiales eróticos, influenciados por la cultura foránea y las nuevas teorías psicoanalíticas, contribuyeron a mostrar en muchos casos el rostro femenino y feminista, así como la cara ambigua e incluso gay del primer tercio del siglo XX en España.

Esta diferencia, según muestra la investigadora, fue significativa a pesar de la falta de investigaciones académicas. Una “escandalosa ausencia” debida, en palabras de la autora, a “una visión perfectamente limitada y miope, amén de pacata, que considera que las múltiples manifestaciones artísticas y culturales del